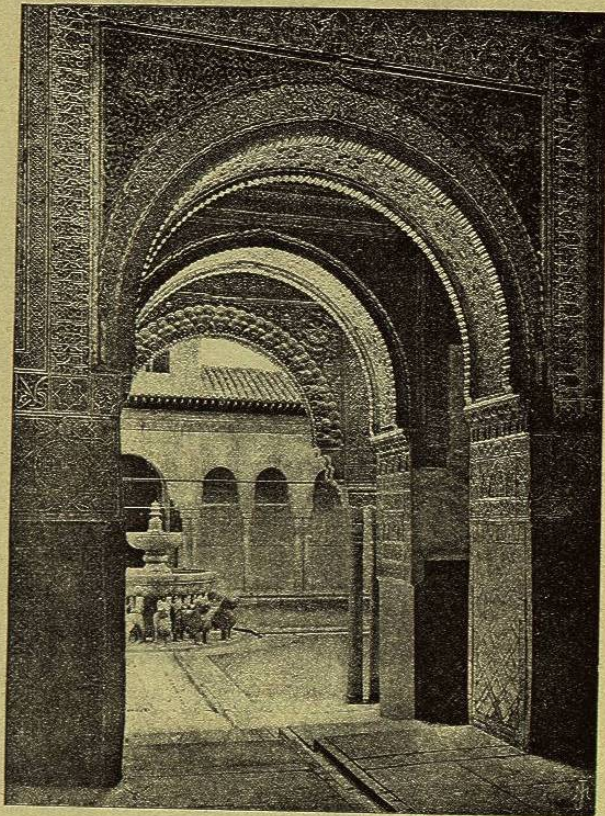
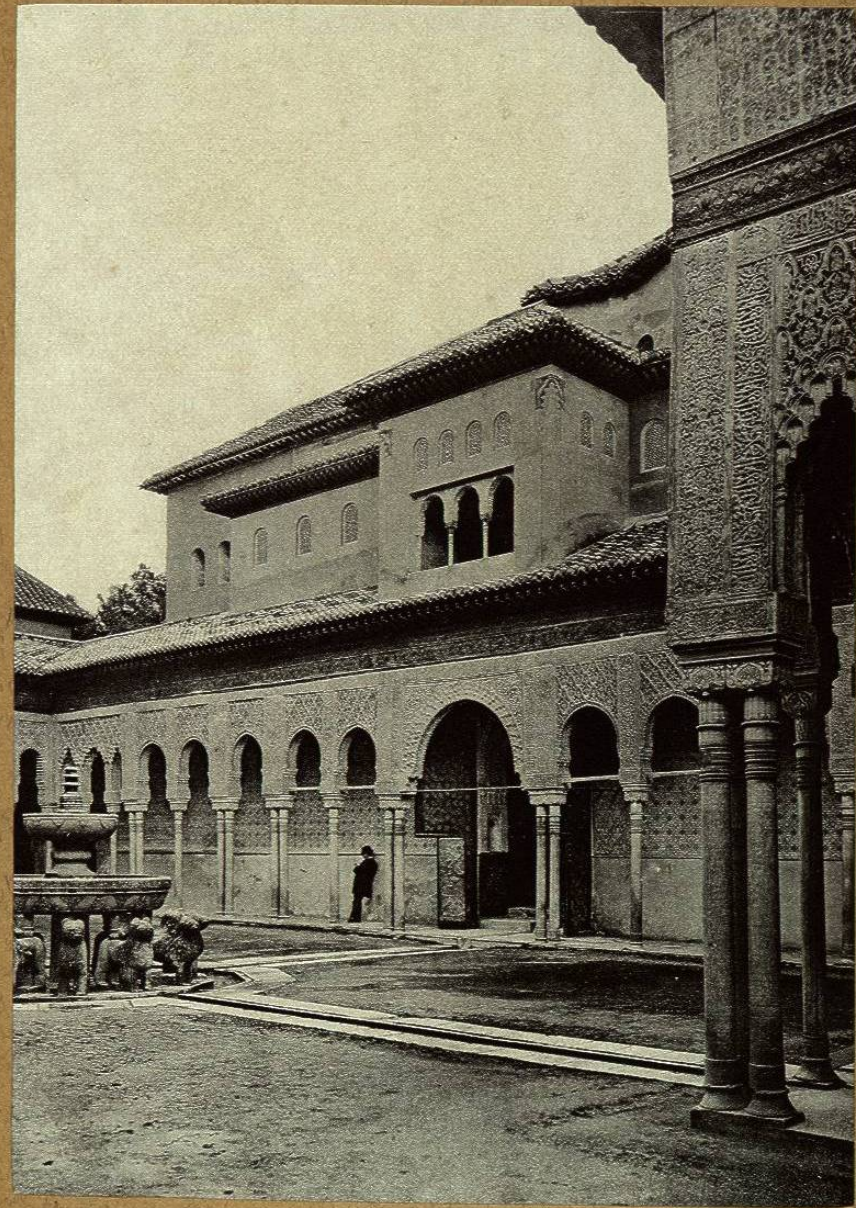


entre medias columnas sobre cuyo capitel parece descansar la cúpula, ocupan el centro del espacio que media entre cada dos ángulos salientes. La cúpula es magnífica: abrumba al espectador



ALHAMBRA.—PUERTA DEL PATIO DE LOS LEONES

con sus adornos. Sus mil estalactitas, sus colores, sus innumerales arcos de segmento, sus coronas de estrellas, sus complicados hundimientos y resaltes, sus conos, sus polígonos, sus dibujos miniados, sus accidentes de luz, sus efectos de claro-oscuro, la presentan á primera vista confusa, erizada de dificultades, indefinible, indescifrable, resplandeciente y vaga como

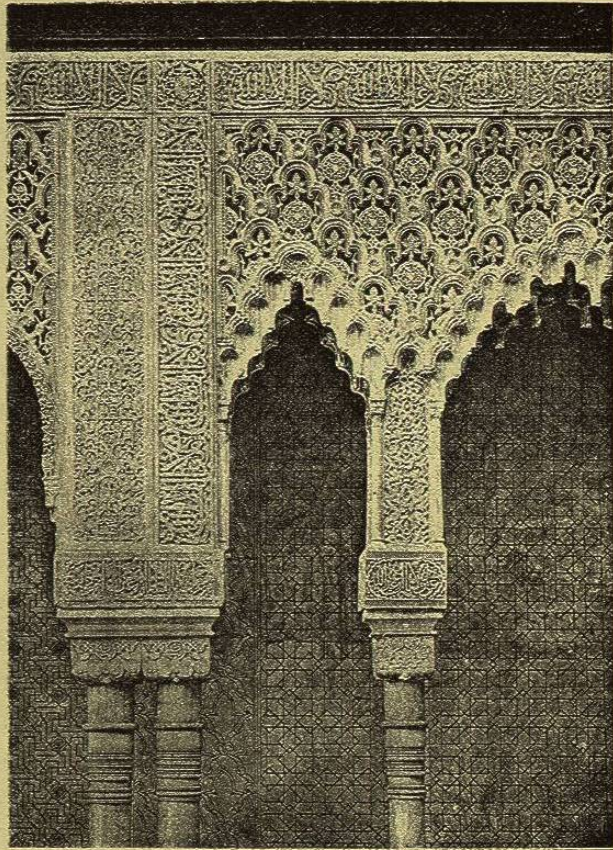


Patio de los Leones en la Alhambra

ese ancho cinturón de estrellas, llamado vía láctea, que cruza de noche el pabellón del cielo. Es regular en la realidad, aunque irregular en la apariencia: intervino más en su ejecución el compás del geómetra que el genio del artista; pero son tantas sus líneas y cambian tan fácilmente sus combinaciones apenas da el observador un paso, que no es fácil comprenderla sino después de largo y detenido estudio. No disponían los árabes de esas majestuosas cimbras ni de esas altas columnas en que el pueblo romano dejó estampada su grandeza; no conocieron esa ojiva ni ese gigantesco haz de palmas que consagraron á Dios los cristianos de la Edad media; no supieron sorprender la imaginación con esos delicados follajes de cantería que admiramos en las puertas de nuestras catedrales; pero nadie ha comprendido mejor que ellos la manera de aumentar los efectos de su ornamentación, la de encerrar belleza y poesía en formas rigurosamente geométricas, la de hacer que prevalezca la variedad en medio de la mayor monotonía. Los alhamíes de esta sala llevan adornado el intrados de todos sus arcos con las mismas figuras y entrelazos; y parece, sin embargo, que no tienen ni un solo relieve semejante. Distribuidos desigualmente los colores, salen aquí por claro las líneas que allí salieron por oscuro, preséntanse aquí como principales las que no fueron allí más que accesorias; y cambia sin cesar la decoración aun siendo siempre iguales las partes, idéntico el enlace. Los árabes encontraron en los colores un gran recurso: pretendieron comunicar cierto encanto, cierta magia á sus monumentos; y lo consiguieron tanto con los colores como con sus almocarabes, sus tracerías y sus alicatados (1).

(1) Muchas son las reparaciones que ha debido sufrir esta sala de los Abencerrajes; pero no hemos encontrado en el Archivo sino dos documentos que nos hablen de ellas. En las cuentas de 1586 aparece para su restauración una partida de 296 coronas de azulejos de colores, 216 cintas romanas azules, 438 cintas pequeñas y 50 alijares de marca mayor, comprado todo al azulejero D. Antonio Tenorio. En otro legajo, en que están consignadas las cantidades satisfechas desde el año 1585 al 1588, se halla una libranza por la que consta que para forrar y

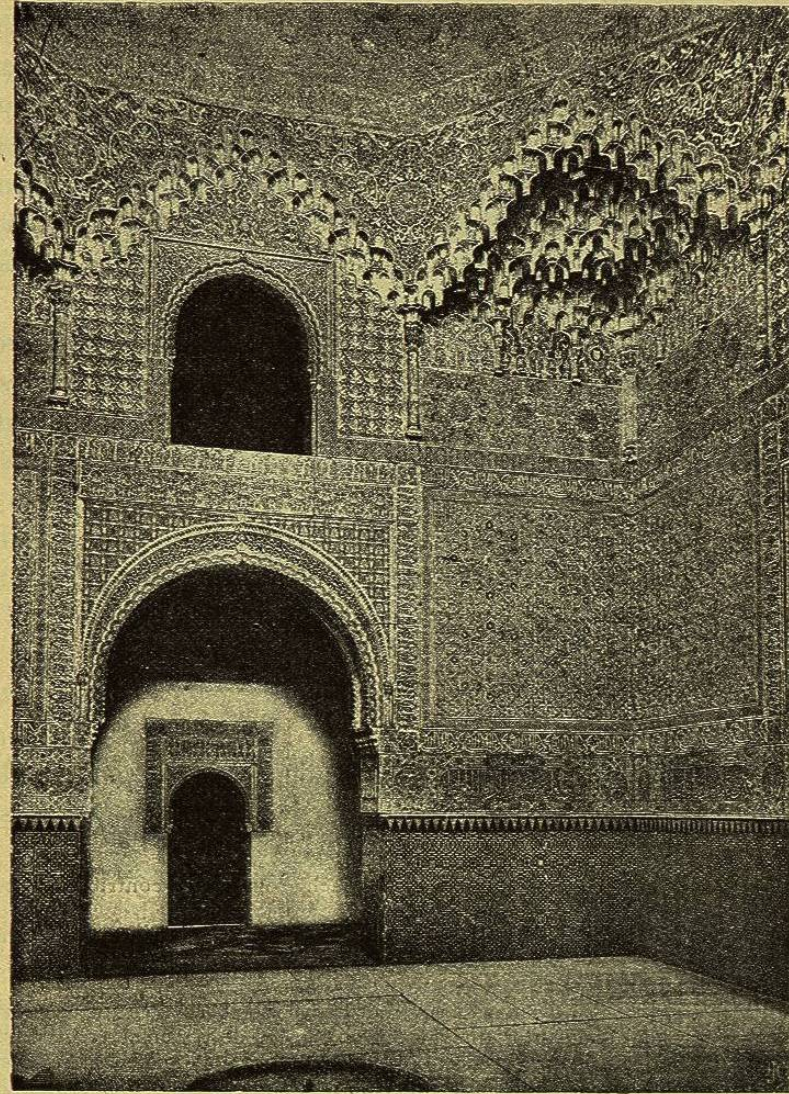
Alcázaronlo en esta misma sala sobre todo para el que la contemple en conjunto desde uno de los alhamíes. Los torrentes de luz que entran desde el patio de los Leones, los rayos que



ALHAMBRA.—DETALLE DEL PATIO DE LOS LEONES

bajan de los ajimeces superiores iluminando desigualmente las pintadas estalactitas que adornan la parte inferior de los prismas, los contrastes de claro-oscuro que en todas partes se

solar la misma sala se emplearon 275 mostagueras de colores, 115 cintas romanas y 50 ladrillos vidriados.



ALHAMBRA.—SALA DE LAS DOS HERMANAS

observa, el misterioso silencio que allí reina, todo evoca ante la imaginación escenas fantásticas, sangrientas, que le hacen estremecer y pueblan de sombras airadas las bóvedas y la galería de tan triste estancia. Vive aún allí la tradición; vive aún allí la leyenda. Cada cuerpo que interrumpe la luz debajo de los arcos del patio es la entrada de un abencerraje que viene á morir bajo el hacha del verdugo; cada suspiro del viento entre los ajimeces es el suspiro de muerte de una víctima; cada bocanada de agua que arroja la fuente es una bocanada de sangre. Junto á la columna más rodeada de oscuridad ¿quién no se figura ver aún á Boabdil contemplando impasible la matanza? Tiembla, inicuo rey, si eres aún capaz de remordimientos: exclama la imaginación exaltada. La sangre que hiciste derramar sobre esta rica taza de mármol es una mancha indeleble. Transcurrieron ya cuatro siglos: acércate y observa: está roja todavía (1). El agua ha desgastado la piedra, pero no la sangre: no la ha desgastado para recuerdo eterno de tu delito.

Mas ¿es cierto? ¿no miente acaso la tradición? Detente, fantasía: no insultes á un rey sobre quien pesó tal vez menos el crimen que el destino.

Paralelo al salón de los Abencerrajes está el de las Dos Hermanas (2). No hay otra cámara más rica ni más completa (3). Su soberbio arco de entrada lleva aún engarzadas en ricas zapatas las hojas de sus antiguas puertas (4); la su-

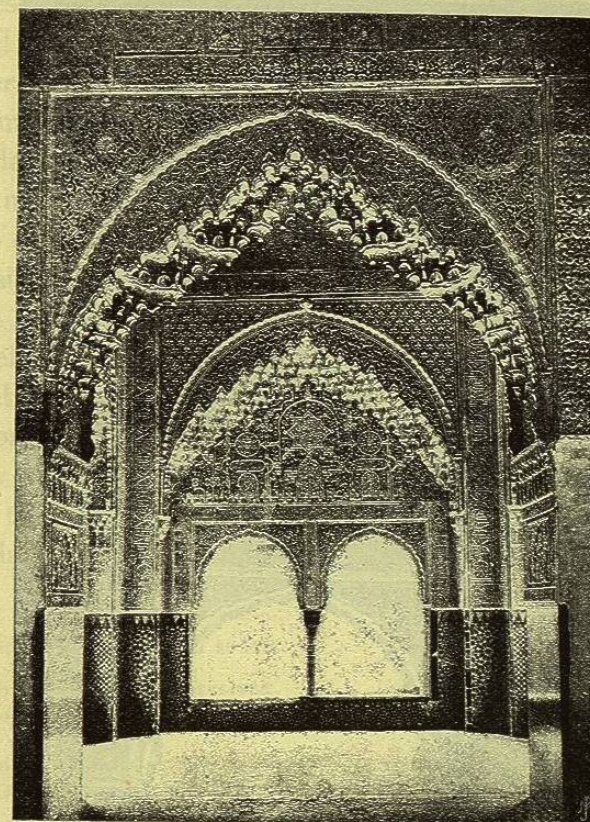
(1) El mármol tiene efectivamente una mancha roja que no contribuye poco á aumentar la ilusión y el interés de esta tradición terrible.

(2) Llámase así esta sala por tener entre las losas de su pavimento dos enteramente iguales de 4 varas y 21 pulgadas de largo y 2 varas y 4 pulgadas de ancho. Llamábase antiguamente cuarto de las Losas.

(3) Poco ó por mejor decir nada sabemos de las restauraciones que ha sufrido esta sala. Por los documentos que he tenido ocasión de ver en el Archivo, sólo consta lo que padeció cuando el incendio de la pólvora. «Asimismo, dice la relación de los daños ocasionados por aquella gran catástrofe, en toda la sala que dizen de las Losas, en el dicho cuarto de los Leones, quebró y derribó todas las vedrieras é otras que estaban en el cuarto de la dicha iglesia (sala del Tribunal), que las unas y las otras eran de mucho precio por estar pintadas con muchas istorias y armas reales.» Llamamos la atención del lector sobre estas últimas palabras.

(4) Estas puertas están embutidas y pintadas.

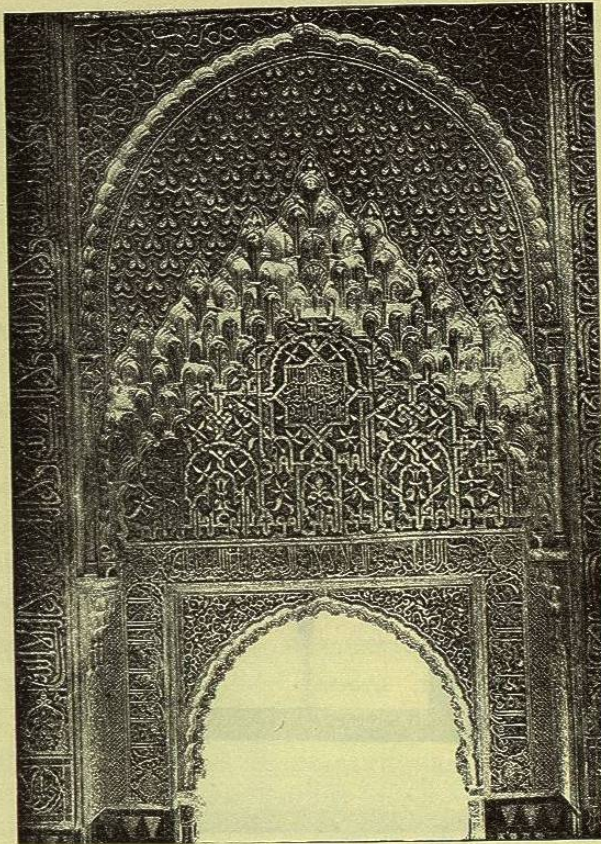
perficie de sus altos muros desaparece por entero bajo sus relieves de estuco y su mosaico de azulejos; su deslumbradora bóveda estalactítica brilla aún con la luz que despide su hermoso



ALHAMBRA.—MIRADOR DE LINDARAJA

ventanaje, abierto entre las columnitas simuladas que le sirven al parecer de apoyo. Álzase en el centro de su pavimento de mármol una fuente cuyas aguas no hace aún mucho tiempo reflejaban los colores de la celestial techumbre; á oriente y occidente, alhamíes radiantes de hermosura; al norte, un arco todo delicadeza y gracia que conduce á un pequeño mirador,

entre cuyos aéreos ajimeces se ve brotar á chorros el agua del jardín de Lindaraja, mecerse en el espacio el álamo ligero, brillar el sol, asomar el azul del firmamento. Relumbran aún su



ALHAMBRA.—DETALLE DEL MIRADOR DE LINDARAJA

oro y sus colores, consérvanse sus miniados dibujos en el fondo de los atauriques, reina en todas sus partes la armonía: no cabe á la verdad mayor belleza ni más acabado conjunto. Se goza aquí mirando, se sueña viendo, crece la fantasía soñando y puebla el salón de sombras misteriosas, de seductoras bellezas, de sultanas llenas de deslumbrante pedrería, de doncellas que

la rodean con fragantes pebeteros, de genios que se esconden en los estrellados senos de la inmensa bóveda. Hay aquí un mirador, y es un mirador lleno de encantos, un retrete gentil que sólo pudo concebir un alma enamorada, un templo que podría escoger el amor sino lo ocupase aún el espíritu ó cuando menos el recuerdo de una mujer cuyo nombre repite el mundo sin saber su historia. No es tampoco posible entrar en él sin que la imaginación crea ver ya en pié, ya sentada sobre el ajimez, la imagen de esa Lindaraja que, sin ser la esposa de un rey ni la sultana de un serrallo, logró dejar vinculado su apellido en la mansión más encantadora de este alcázar. Lindaraja sigue allí muerta para el que ha visto ya anegadas en la copa del dolor sus ilusiones, viva para el que tiene aún virgen el corazón, libre y suelta su ardiente fantasía.

¿Deberé descender á detalles? ¿Quién podría describir los bordados paramentos de los arcos de la sala, los preciosos entrelazos de sus alicatados, sus grandes cuadros de estuco donde figuran conchas y escudos entre rombos y losanges, sus magníficas orlas de letras floreadas (1), los delicados marcos de sus

(1) En una de estas orlas se lee:

Soy de forma muy preciosa,
Son prodigio mis labores
y belleza,
Soy creación maravillosa:
¿De quién no arranca loores
mi grandeza?
Contemplad la piedra dura
Ya desbastada y bruñida
diestramente
Cómo brilla en mi estructura:
Fuí tiniebla en luz vertida
prontamente.

Los mármoles más preciados
En mi alcázar se pusieron
con ingenio:
No bien fueron colocados,
Del príncipe relucieron
con el genio.
Mis esplendores deslumbran
Tanto que son envidiados
por el cielo.
Sucesos que en él alumbran
Son por mi luz sombreados
en el suelo.

En otra:

¿Has visto mucha grandeza?
Pues es mayor mi belleza.

Y dice al verme la gente:
¡Qué linda! ¡qué clara fuente!

Otro me ve, se recrea,
Y me llama: *mar que ondea.*